

comunicación y penetración cultural

Guillermo Bonfil Batalla

INTRODUCCION

La intención de la Coordinación General de Comunicación Social de la Presidencia de la República al editar el presente ensayo, obedece al interés de señalar la importancia que encierra la salvaguardia de los auténticos valores nacionales. Son base de acciones vitales, conductores de un pensar coherente y unitario en defensa de los proyectos nacionales.

Hoy en día, no es posible construir una comunicación pluralista participativa y democrática sin pasar por una ruptura con los modelos enajenantes de la metrópoli. Estos recurren cada vez más a disciplinas que planean científicamente la manera de condicionar la respuesta del público, apelando a sus motivaciones subconcientes. El propósito es seducir al individuo y sumergirlo en un mundo artificial, de plástico y luces de neón, donde el prestigio crece en relación directa a la "audacia" para explotar, al engaño y los artificios aflorantes de la imaginación. A esos designios debe oponerse la voluntad colectiva del pueblo y la nación si quieren fortalecer su identidad nacional.

En este interesante trabajo, el autor bosqueja el proceso y el estado actual de la cultura nacional en México y destaca la importancia de su desarrollo, como parte inseparable y coadyuvante del

progreso general del país; estudia a grandes rasgos el fenómeno de la penetración cultural, sus tendencias, su magnitud y algunas de sus manifestaciones en diversos campos, y plantea el papel de la educación en relación con la cultura nacional y ante la penetración transnacional. Recomienda no perder de vista que los esfuerzos por robustecer la cultura nacional no hubieran tenido la trascendencia que alcanzaron, de no haber ido acompañados por una serie de cambios y reajustes en las estructuras económicas y sociales del país.

El imperialismo se introduce en el seno mismo de las culturas de los pueblos en desarrollo, para modificarlas. Las diversas formas de penetración están íntimamente ligadas entre sí: son aspectos de un mismo fenómeno. Dos son las categorías más importantes según el criterio de la finalidad que se persigue: los cambios en la producción y la demanda del mercado nacional que se promueven en función de los intereses del centro y no de las necesidades propias de un desarrollo nacional autónomo, y los cambios que afectan a la ideología de la población, con el fin de crear un ambiente favorable al mantenimiento y consolidación de la dependencia ante los países centrales, en cualquiera de sus facetas.

- Lo anterior constituye la exigencia nacional e internacional de estructuras de comunicación más democráticas, para los pueblos de todo el mundo. La promoción del acceso, la participación, la descentralización, la gestión abierta y la fractura del poder centralizado, son un imperativo universal, revestido de una importancia especialmente crucial para los países en desarrollo. La comunicación es un fenómeno fundamental que puede controlar la vida social, económica, política y cultural y modificar la situación de los individuos y los pueblos.

A raíz del considerable desarrollo tecnológico de los medios, el derecho a la comunicación comenzó a despertar un interés particular. Correspondía al individuo el derecho de comunicar sus opiniones a los demás y viceversa. Actualmente, se plantea la cuestión de que si los medios cumplirán su misión informativa, confiando en los buenos deseos y la buena voluntad, sin un plan que defina sus objetivos con toda precisión.

La "promesa tecnológica" no es neutral ni está exenta de un sistema de valores. Las decisiones en esos campos tienen grandes consecuencias políticas y sociales. La sociedad debe establecer los instrumentos necesarios para evaluar las diversas

posibilidades a su alcance y hacer un análisis serio con el fin de adoptar correctamente las decisiones políticas necesarias para que las tecnologías sirvan de manera adecuada; porque no existe tecnología alguna que de por sí y en función de sus propias características técnicas pueda resolver los problemas que constituyen la vida comunicacional de los pueblos.

Urge apoyar y promover sistemas de comunicación social, capaces de garantizar el acceso de grupos sociales organizados al protagonismo de la comunicación. De ello depende que la planificación desempeñe un papel primordial en la concreción del nexo entre la información de las masas y la cultura popular, así como en la estimulación de la creatividad cultural. Si la sociedad admite la idea del pluralismo cultural y la existencia de un diálogo entre las culturas, esforzándose, al mismo tiempo, por realizar la identidad nacional, la información en el ámbito cultural puede contribuir al desarrollo de esa identidad y a combatir toda forma de dominio que resultaría perjudicial para el pluralismo y la autenticidad de las culturas.

Para garantizar el desarrollo social y sus valores señeros, México construye en el plano nacional un nuevo modelo de comunicación, sustentado en dos principios constitucionales básicos: la libertad individual de expresión y el derecho social a la información. Procurar una información más justa, más equilibrada y, por tanto, más libre, para el fortalecimiento de la conciencia integradora en nuestro país, es el punto de partida de un esfuerzo permanente, sistemático y de largo aliento, con vistas a profundizar y definir cada uno de los problemas planteados por la situación comunicacional de nuestro pueblo.

Coordinación General de Comunicación Social
de la Presidencia de la República.

En torno a la cultura nacional*

Hablar de la "cultura mexicana" contemporánea implica riesgos evidentes. Filósofos, poetas psicoanalistas y pensadores de todo rango se han ocupado de ella en las últimas décadas, sobre todo desde la publicación de "El Perfil del hombre y la cultura en México", de Samuel Ramos, a quien se reconoce como pionero en tales estudios. Los resultados de la especulación sobre lo mexi-

* Consúltense las ponencias presentadas en la *IV Reunión Nacional del INBA en Provincia*, Colima, Col., noviembre de 1980:

- Suárez, Luis, "Cultura e identidad nacional".
- García, Néstor, "¿Cultura popular ó cultura transnacional?"
- Carrión, Guadalupe, "Las bibliotecas públicas en las casas de la cultura".
- Tovar, Rafael, "La importancia del intercambio cultural".
- Tirado, Miguel, "Fonapas en la provincia".
- Alvarez, Griselda, "Patrimonio cultural";

Ponencias presentadas en el *Seminario "Cultura e Identidad Nacional"*, Hermosillo, Son., abril de 1981.

- Dorfman, Ariel, "Cultura universal y cultura nacional".
- Díaz, Socorro, "Los medios de comunicación de masas y la cultura nacional".
- Estrada, Gerardo, "La universalidad y la cultura nacional".
- Monsivais Carlos, "Cultura popular y cultura nacional".
- González, Pablo, "Cultura nacional y cultura universal". y
- Aguilar, Héctor, et al. *En torno de la cultura nacional*, SEP-INI, México, 1976. (N. de E.)

cano han sido sin duda importantes en algunos casos, pero están lejos todavía de resolver la cuestión central: cuál es la cultura mexicana —si tal existe—, hasta dónde llegan sus límites y cuáles son sus características.

Puede tomarse como punto de partida la opinión del antropólogo J. H. Steward, quien afirma que los rasgos que conforman las “características nacionales” de una sociedad moderna (compleja y estratificada), pueden agruparse en tres clases, de acuerdo con su origen: a) los que surgen del ajuste, más o menos compulsivo, a las instituciones nacionales básicas que afectan a todos los individuos; b) los que provienen de una herencia cultural común, y c) los que resultan de la acción unificadora de los medios de difusión para las masas.¹ De esas tres categorías, las dos primeras tienen sin duda una importancia incomparablemente mayor que la tercera; en última instancia, la posibilidad de que los medios de difusión masiva alcancen una amplia repercusión, dependerá del grado de integración social institucionalizada y, en buena parte, de la mayor o menor homogeneidad de la tradición cultural que se mantenga viva.

Siguiendo las ideas anteriores, el primer aspecto a considerar en el análisis de la cultura nacional* es el grado de desarrollo institucional y el nivel de integración social en México. Al respecto, sociólogos, antropólogos y economistas que se han ocupado del tema, aplican a la situación mexicana conceptos tales como sociedad plural, sociedad dual, colonialismo interno, zonas de refugio, poblaciones marginales y otros semejantes, todos los cuales tienen en común el abocarse al problema de explicar los diversos grados de integración a la “sociedad nacional” que manifiestan distintos sectores de la población mexicana.² Aún cuando parten de puntos de vista que en ciertos casos son antagónicos, todos reconocen que las instituciones sociales no son compartidas totalmente en el país. Los estudios etnográficos, por otra parte, muestran cómo varían en gran número de comunidades mexicanas, sobre todo en las indígenas, las instituciones que

* “Cultura Nacional” es lo que, dentro de un territorio, las distintas clases de un país reivindican diversamente como suyo: las tradiciones y rupturas, las incorporaciones y los cánones en las artes, las humanidades en las ciencias los desarrollos expresivos. Ahí actúan indistintamente en sus elaboraciones esenciales, el idioma, la religión, la literatura, la música, la política, la sociología, la historia. Cultura nacional es lo que se va incorporando entrañablemente a una colectividad de sus enfrentamientos y derrotas, de su vinculación con el mundo y de sus aislamientos forzosos, de sus mitos y sus realidades. (Monsivais, Carlos, “Cultura popular y cultura nacional”, Ponencia presentada en el *Seminario: Cultura e identidad nacional*, Hermosillo, Son., abril de 1981, p. 2). (N del E).

deberían ser uniformes (y que oficialmente lo son), como el gobierno municipal y local, la justicia, e incluso la organización familiar. Y no hablamos aquí de la aplicación viciada de las leyes sino simple y llanamente de la existencia y funcionamiento de formas de organización social diferentes, lo que revela, en términos generales, que la vida de muchos mexicanos está en gran parte orientada más por las condiciones inmediatas del estrecho ámbito local que por las normas generales que se suponen de alcance nacional.

Es esta una clara prueba de que la integración nacional en algunos aspectos es todavía débil para un sector de la población nacional, aunque es evidente, por otra parte, que las instituciones de carácter general han permeado ya a la mayoría de la población y que la sociedad nacional incorpora integralmente a un número cada vez mayor de mexicanos. La escasez de investigaciones al respecto impide obtener una visión clara de cuáles son los aspectos en los que puede hablarse de una integración más completa.

La simple consideración del instante actual no resulta suficiente para interpretar debidamente ese fenómeno y puede, en cambio, conducir a conclusiones erróneas. Es indispensable contar con una perspectiva histórica adecuada que nos permita establecer una tendencia en el proceso de integración, tanto en lo social como en lo cultural.

Es casi un lugar común señalar que la cultura mexicana contemporánea tiene dos raíces principales: la tradición prehispánica y la cultura europea en su variante española. Esta raigambre dual se hace valer tanto para lo estrictamente cultural cuanto para lo que atañe a la composición biológica del pueblo mexicano. Somos, se afirma, un pueblo mestizo con cultura mestiza —si vale esta última expresión.

La supuesta dualidad de nuestra estirpe étnica enmascara un panorama harto más complejo. En primer término, el mundo prehispánico distaba mucho de ser homogéneo: el pueblo azteca o mexica ejercía un dominio militar y económico sobre una región bastante amplia del actual territorio mexicano; sin embargo, los pueblos tributarios diferían culturalmente de los mexica, en mayor o menor grado, en aspectos tan importantes como el idioma, los recursos naturales aprovechados, el nivel tecnológico, y las manifestaciones artísticas. Además, existían muchos grupos que habían escapado a la hegemonía mexica; entre ellos, a su vez, los había con un grado de desarrollo equiparable al azteca (como los

purépechas o tarascos) y también otros con niveles mucho más bajos, como las bandas nómadas que habitaban en el norte del territorio, más allá de la frontera mesoamericana. Ni siquiera en el aspecto biológico existía unidad en un mundo prehispánico, pues se encontraban descendientes de las diversas oleadas que sucesivamente poblaron el Continente Americano.

El componente prehispánico, por lo tanto, era en realidad un conjunto de unidades separadas entre sí por diferencias sustanciales, las cuales llegaban en ciertos casos a ser tan grandes como las que existían entre aztecas y españoles cuando entraron en contacto. Una prueba fehaciente de tal diversidad la proporciona el hecho de que la conquista del país revistiera caracteres distintos según se tratara de sojuzgar a los pueblos poseedores de una alta cultura, o bien a los grupos con menor desarrollo, según lo ha señalado ya don Miguel Othón de Mendizábal.³ Asunto muy diferente es el hecho de que a los ojos de los conquistadores europeos esas diferencias pasaran casi desapercibidas, opacadas por lo insólito que resultaba el mundo indígena en su conjunto.

Por el lado español el panorama es muy semejante. Apenas en 1492 se había logrado la unidad política de los reinos y señoríos medievales, que no correspondía (y no corresponde aún) a la unidad étnica. En la Península, como en México, los factores geoeconómicos favorecen el regionalismo. Por otra parte, el largo dominio musulmán dejó en toda la España mora una impronta que enriqueció con su aporte el ya opulento legado de una tradición cultural en cuya formación participaron innumerables pueblos. Con cristianos, judíos y musulmanes culmina un largo proceso histórico que dio como resultado España.

Así pues, cuando confluyen las dos tradiciones culturales más importantes de nuestra historia, ambas llegan mutiladas; de las culturas indígenas quedan sobre todo los aspectos populares, porque los elementos de la alta civilización fueron destruidos y los grupos que mantenían la gran tradición, o desaparecieron, o fueron objeto de un cuidadoso proceso de asimilación que implicó a la vuelta de pocas generaciones, el abandono total, el olvido de los conocimientos anteriores más elaborados y de los logros más elevados de la cultura prehispánica. Por otra parte, la cultura española daba la apariencia de estar integrada y ser homogénea: pero ello era sólo resultado de las necesidades de conquista, de los problemas de mantener y explotar, a distancia, un gran imperio colonial.

En todo caso, una buena parte de los aspectos culturales que con mayor empeño buscaron implantar los conquistadores, correspondió a lo que se ha llamado "cultura de conquista",⁴ o en otros términos, fueron repercusiones de la "situación colonial" (aún cuando este concepto, aplicado con éxito a la realidad africana, deba modificarse en mucho para ajustarlo a la situación latinoamericana).⁵

En todo caso, lo que importa destacar es el hecho de que la conquista no significó un trasplante total de la cultura heterogénea de España, sino la implantación condicionada de ciertos aspectos.

Estamos ya aquí ante el problema de la homogeneidad de la herencia cultural. En realidad, en un planteamiento histórico resulta difícil considerar por separado la integración a las instituciones generales y la uniformidad de la tradición cultural. En todo caso, pueden resumirse los párrafos anteriores señalando que la integración social y cultural en el territorio mexicano, a la llegada de los españoles, no se había logrado; pero el dominio azteca sobre un gran número de pueblos diversos diseminados en un amplio territorio, actuaba ya como fuerza integradora. Con la conquista, un nuevo proceso integrador (el sistema colonial) se puso en marcha, mucho más poderoso y amplio. En ambos casos, sin embargo, el factor esencial fue el dominio ejercido por un grupo étnico sobre los demás: la integración impuesta. Es sólo a partir de la Independencia cuando existen las condiciones para que se inicie un verdadero proceso de consolidación nacional, que implica tanto la integración social a través de instituciones de tipo general, como la formación de una cultura nacional en la que se asimilen dinámicamente las diversas tradiciones.

La gestación de la nacionalidad mexicana había tomado largo tiempo, como sucede con la formación de toda nacionalidad. Gente de distintos pueblos se había mezclado; lentamente hubieron de crearse valores, creencias, modos de vida y de relación propios, ajustados a una realidad que comenzaba a percibirse como unitaria.

Todos esos rasgos se adoptaron, inicialmente, de los que muchos pueblos, aquí y en otras partes, habían creado: pero se hacían *mexicanos* en la medida en que respondían a esa situación particular y concreta que nacía ya con el nombre de México. Algunos hombres tuvieron conciencia de su realidad diferente (ni indígena ni española: diferente) antes de que existieran las estruc-

turas que hicieran posible su expresión nacional: aquellos mestizos y criollos que percibieron su nueva identidad, que sintieron la ausencia de un lugar propio, de un mundo propio, y quienes, finalmente, lucharon por crearlo.

Las vicisitudes de la cultura nacional, desde que existe como tal, han sido múltiples. Para los fines de este ensayo resulta conveniente esquematizar el camino y sólo destacar los principales obstáculos y los avances de mayor significación.

De la Independencia a la Reforma, México vive en el desconcierto y se desangra. Al romperse el poder central de la colonia, hay un aflojamiento de las estructuras: hay una pérdida de cohesión que amenaza convertirse en un proceso de desintegración (como sucede en buena medida). El país pierde casi la mitad de su territorio ante un vecino ya poderoso que comienza a ver como su destino histórico el asumir "la pesada carga del hombre blanco": llevarse las ganancias. Las luchas intestinas, la permanente defensa ante la agresión de quienes ven en la nueva nación un fácil botín, los intentos de restablecer formas de organización ajenas y caducas: todo eso forma el duro crisol de la conciencia nacional que cuajará por primera vez con la generación liberal de la Reforma. En esta "segunda Independencia" se niegan valores e instituciones que venían de atrás y se afirman otros, en un intento profundo por depurar lo que debemos ser y no simplemente aceptar lo que hemos sido.

El Porfiriato significa en muchos aspectos un paso atrás. El destino nacional se entrega cada vez en mayor medida a intereses extranjeros. El desarrollo del país no responde a necesidades propias. El grupo en el poder vuelve la mirada hacia el exterior; allá y no aquí, encuentra la inspiración, tanto para identificar los problemas cuanto para intentar solucionarlos. Hay una evidente pérdida de imaginación creadora, que se substituye por un espíritu imitativo que pronto muestra su esterilidad. El afrancesamiento de las clases altas es sólo un resultado más de la incapacidad para "ver" el país, para sentirse en él y de él; esa falta de identificación entre el gobernado y quien lo gobierna no puede mantenerse por tiempo indefinido.

La revolución es un intento del país por recuperarse a sí mismo. Hay, junto a las grandes transformaciones económicas y políticas, un claro esfuerzo por mirar hacia adentro, al que acompaña la búsqueda de formas de expresión propias. Al afrancesamiento se enfrenta un nacionalismo que no sólo se manifiesta en la defensa

de los recursos y de la soberanía del país sino que también esgrime como valores supremos los valores propios: éstos se remontan al pasado, sobre todo al pasado indígena que se vuelve símbolo. Como nunca antes coinciden los impulsos, a la vez razonados y emotivos, para integrar una cultura mexicana. El fervor revolucionario, entre 1910 y 1940, es un factor que no por subjetivo deja de ser muy importante como elemento de transformación y progreso; y ese fervor, esa mística, juega en estrecha liga con la conciencia de identidad nacional, con la participación en una cultura mexicana que se ha descubierto y se está vigorizando. Es claro que el nacionalismo cultural* fue un resultado de la revolución; pero fue también un elemento revolucionario, un factor más —y no de poca monta. Sirvió de respaldo, dio seguridad a las medidas revolucionarias (algo que no aconteció en las décadas inmediatas posteriores a la Independencia); actuó como aglutinante y permitió hacer frente a situaciones difíciles (agresión militar, expropiación petrolera, levantamiento cristero) que tal vez no se hubieran sorteado con éxito, de no mediar la orientación nacionalista en la cultura mexicana.

No debe perderse de vista que los esfuerzos por robustecer la cultura nacional no hubieran tenido la trascendencia que alcanzaron, de no haber ido acompañados por una serie de cambios y reajustes en las estructuras económicas y sociales del país. La cultura nacional sólo llega a serlo en la medida en que se avanza en la integración económica, y en tanto mayor sea la cantidad de mexicanos que participan de los beneficios del sistema. La revolución tuvo como uno de sus principales efectos la extensión de un régimen mercantil y de formas de tenencia que variaban desde el ejido hasta la propiedad individual más o menos irrestricta. La mayor participación estatal en la vida del país, en algunas ocasiones a costa de los intereses extranjeros, reforzó la orientación nacionalista y la cultura nacional, al mismo tiempo que se veía apoyada e impulsada por éstas.

Hasta aquí he evitado el espinoso problema de presentar cualquier caracterización de lo que pudiera llamarse la *cultura mexicana*, para limitarme a esbozar cómo pudo surgir. Es oportuno volver ahora al planteamiento de Steward sobre las fuentes de la

* Es fácil confundir "Cultura nacional" y nacionalismo cultural, pero son entidades absolutamente distintas. La primera es un canon, la segunda una petición interpretativa o un proyecto de elaboración colectiva e individual, tan móvil como el concepto mismo de naciones. (Monsivais, Carlos, "Cultura popular y cultura nacional", Ponencia presentada en el Seminario: *Cultura e identidad nacional*" Hermosillo, Son., abril de 1981, p. 3). (N del E).

cultura nacional. En primer término, quienes participan de la cultura mexicana lo hacen en tanto ajustan su conducta al funcionamiento de ciertas instituciones de carácter general, que aspiran a ser comunes para todo el ámbito mexicano. Una forma específica de gobierno local; un código legal con características propias; un sistema monetario; una serie de otras instituciones de diversa naturaleza (económicas, educativas, etc.), funcionan, como hemos visto, para una mayoría del pueblo mexicano, en tanto que el resto se halla débilmente ligado a ellas, o no participa en absoluto de las mismas. La tradición cultural múltiple se ha unificado paulatinamente, y lo que en la actualidad se revela como herencia viva entre quienes participan de las instituciones generales del país, incluye rasgos de los más diversos orígenes. Predominan por su cuantía: los *prehispánicos* (sin olvidar que esta categoría abarca a su vez tradiciones diferentes), que se pueden detectar tanto en la cultura material (habitación, ropa, comida, equipo doméstico, etc.), como en ciertas formas de relación social, en expresiones artísticas e idiomáticas, en el sistema de valores y en algunos aspectos de la personalidad; los *españoles* (término que tampoco designa una tradición homogénea), presentes también en casi todos los campos de la vida nacional; los *indocoloniales*, resultado específico de la “cultura de conquista”, que no son indígenas ni españoles y entre los cuales deben incluirse los rasgos asimilados de culturas africanas que llegaron a la Nueva España por la dolorosa vía de la esclavitud. Hay también rasgos de otro origen, en menor proporción.

Sobre esas tres bases se fundó la cultura mexicana. Pero ella no es una simple mezcla, un agregado inconexo de elementos desafines, sino una tendencia selectiva e integradora de los mismos, que tiene como línea base la evolución nacional. A partir del momento en que México adquiere “realidad histórica” —para usar las palabras de Américo Castro—, la cultura nacional en proceso de consolidación va creando nuevos elementos y asimilando otros; es decir, funciona ya como *una* cultura particular y concreta.

Un punto más, antes de concluir estas consideraciones sobre la cultura nacional: la cultura mexicana se da en una sociedad compleja y estratificada. Esto significa que los diversos grupos que forman la sociedad nacional participan de la cultura mexicana en diversa forma y medida. Esas diferencias obedecen a dos tipos de factores: los *estructurales*, esto es, los que se refieren a la posición que cada grupo ocupa dentro de la estructura general de la socie-

dad nacional, y los que a falta de mejor nombre llamaremos "regionales", es decir, aquellos que se derivan de las particularidades locales de la tradición cultural.

La cultura nacional abarca tanto el ámbito rural como el urbano; pero las formas de vida que corresponden a uno y otro son diferentes. Dentro de una ciudad cada estrato social se caracteriza por algunas modalidades culturales propias, que no son compartidas por los demás; en el medio rural, a diferencia del urbano, las distinciones se preciben mejor horizontalmente (contrastando regiones).

La presencia de subculturas no niega la existencia de una cultura nacional. En primer término porque, como ya se ha indicado, existen instituciones de carácter general que ofrecen una base común; en segundo lugar, porque todas las subculturas comparten algunos elementos de la herencia cultural; por último, porque cada subcultura (como el sector social que participa de ella) forma parte de un sistema mayor que es la unidad: en algunos casos, las subculturas (como los segmentos sociales) se complementan entre sí, funcionan —valga el símil— como aspectos especializados de una cultura general; en otros, son los polos de una unidad dialéctica, que se oponen y se exigen el uno al otro.

No debe pasarse por alto que toda la situación cultural hasta aquí delineada ocurre en un país que está organizado bajo un régimen de capitalismo dependiente. La participación en tal sistema *no* es un factor de unidad cultural, como lo son las instituciones de que habla Steward. Todo lo contrario: ese sistema es la causa última de la persistencia de grupos con culturas "marginales", los cuales ocupan en él una posición estructural que los hace víctimas de una forma de explotación para cuyo mantenimiento resulta conveniente su diferenciación cultural.

La dinámica cultural y la penetración imperialista

La cultura es dinámica. Se enriquece a través de un proceso incesante de acumulación. Dos son las fuentes de que se alimenta el caudal de una cultura; la innovación y la asimilación de elementos ajenos (los que a su vez, en su momento, fueron resultado de una innovación en alguna otra cultura).

Las transformaciones internas de la sociedad, que repercuten necesariamente en la cultura, son el producto de procesos evolutivos, del crecimiento lento y permanente, o bien resultan de la

agudización de las contradicciones dentro de la propia sociedad: de la negación de anteriores formas y contenidos, y la instauración de otros. Las innovaciones culturales encajan también dentro de esas dos líneas fundamentales de cambio. Pero la mecánica de sus transformaciones es en muchos aspectos menos conocida que la de los grandes cambios sociales. Por una parte, puesto que la cultura puede concebirse como un mecanismo de adaptación, no resulta incongruente asimilar la dinámica de algunos cambios culturales a los procesos generales de evolución social. En otras palabras, la explicación de una parte de las modificaciones que sufre la cultura debe buscarse en el proceso de evolución social. Un ejemplo simple lo ofrecen los cambios en la forma de vida que acompañan a la industrialización.

Pero no todos los cambios culturales manifiestan una clara relación con los cambios en las estructuras sociales. El establecer una conexión precisa entre unos y otros se vuelve una tarea difícil cuando se consideran aspectos culturales cuyos cambios ocurren a un ritmo por completo diferente del que rige las transformaciones sociales. Y es que cada aspecto de la cultura posee una dinámica propia; aunque todos se hallan ligados funcionalmente entre sí, el cambio en un sector no determina necesariamente cambios concomitantes en los demás. Hay zonas de la cultura que tienen un amplio margen de adaptación, es decir, que pueden ajustarse a los cambios que ocurren en los demás aspectos, sin necesidad de cambiar ellos mismos en grado apreciable. El idioma es un ejemplo clásico, pero podrían señalarse muchos otros. En general, los aspectos y las instituciones menos especializados, los que desempeñan funciones múltiples y difusas, son los que muestran mayor capacidad adaptativa y se transforman, por tanto, más lentamente.

Al analizar el contenido concreto de una cultura se encuentra que sus elementos integrantes proceden de fuentes muy diversas y han llegado por caminos distintos. Son pocos comparativamente los que pueden reclamar un origen autóctono, nacional —si de culturas nacionales hablamos. El carácter nacional de una cultura no lo da necesariamente ni en primer término la exclusividad de los rasgos que la forman, sino en particular acomodo y selección de los mismos que resulta de un desarrollo histórico autónomo. Los rasgos pueden tener cualquier origen y haber llegado por cualquiera entre muchas vías.

El ingreso de elementos de una cultura en otra ocurre mediante

un proceso llamado de aculturación, que implica alguna forma de contacto entre sociedades que portan culturas diferentes. No corresponde a la naturaleza de este ensayo el presentar los tipos, las variantes y las condiciones diversas del proceso de aculturación.⁶ Pero sí importa discutir en términos generales las implicaciones ideológicas de algunas tesis al respecto.

Como se indicó, el planteamiento esencial de la aculturación supone dos sociedades con culturas diferentes, que entran en contacto y se influyen mutuamente; es decir, cada una de ellas toma de la otra ciertos elementos y los integra en su propia cultura. Cada sociedad admitirá los elementos que su grado de desarrollo le permita asimilar. Si una de ellas posee una cultura más rica, más avanzada, la aculturación será mayor en la otra sociedad (la menos evolucionada). Si el contacto entre ambas es largo y pacífico, podrá resultar en una tercera modalidad, la "cultura de frontera". Uno de los antropólogos pioneros en ese tipo de estudios, Bronislaw Malinowski, proponía un esquema basado en premisas semejantes para analizar y comprender los cambios que ocurrían en las colonias africanas;⁷ olvidaba, llanamente, que entre colonizados y colonizadores el contacto no era una relación espontánea, como la que suele ocurrir entre pueblos vecinos, sino que estaba basado en el dominio, en la explotación de los nativos y de sus riquezas por parte del colono europeo. La estructura dentro de la que ocurría el contacto era una estructura colonial; lo que sucedía con las culturas autóctonas no podía explicarse simplemente por las diferencias entre ellas y la cultura europea; resulta indispensable tomar en cuenta que los cambios eran impuestos, condicionados al interés de la metrópoli colonial, o bien que se presentaban justamente como reacción ante ese dominio. Otros antropólogos han rebatido después la concepción que tenía Malinowski del cambio cultural en África.⁸

Esta ya larga disgresión persigue una sola finalidad: plantear en términos más precisos el estudio de la influencia estadounidense en la cultura nacional de México.*

En 1948 el Prof. Julio de la Fuente publicó un breve ensayo que

* "En lo cultural, la penetración transnacional tiende a desarticlar las culturas nacionales a través de la disociación de los individuos de sus intereses nacionales, para mermar la auto-identificación y capacidad de resistencia de sus pueblos, e inclusive comportamientos ajenos a sus fines nacionales y sociales. Colonialismo cultural es un proceso destinado a asegurar y mantener la dominación económica y hegemonía política sobre los países llamados periféricos". (Carreño, José, "El Estado y la Cultura Nacional", Ponencia presentada en el Seminario: *Cultura e Identidad Nacional*, Hermosillo, Son., abril de 1981, p. 6). (N del E).

tituló "La civilización 'pocha' de México", en el cual presentaba una lista impresionante de aspectos de la vida de nuestro país que habían sido tomados de los Estados Unidos.⁹ Algunos eran típicamente norteamericanos en tanto que surgieron en los Estados Unidos; otros, en cambio, venían de Europa o de otros continentes, pero habían llegado a México por la frontera del Norte. En la enumeración se consignaba el cambio de costumbres tradicionales, la introducción de otras nuevas, el consumo de una serie de productos tales como las bebidas gaseosas, el chicle, una buena cantidad de utensilios domésticos, la construcción de rascacielos, la generalización del uso de vehículos con motores de combustión interna, la introducción de palabras anglosajonas cuya fonética simplemente se había castellanizado, la práctica de ciertos deportes, y en fin, una gama inmensa de rasgos culturales importados de los Estados Unidos. El propio investigador señala que estos cambios han ocurrido con mayor rapidez y eficacia que los efectuados durante los tres siglos de dominación colonial española.

Por su parte, un antropólogo norteamericano, el Dr. Oscar Lewis, señala que "nunca antes en la larga historia de las relaciones México-norteamericanas, ha habido un periodo de acción tan intenso y variado entre los dos países" como el ocurrido entre 1940 y 1958, y agrega que esa ola de "americanización" es un fuerte golpe al orgullo nacional mexicano.¹⁰ Afirmaba Lewis con cierto cinismo —y no poco optimismo—: "Los grupos de izquierda han utilizado el tema de las inversiones extranjeras como una prueba más del imperialismo americano. Sin embargo, a diferencia del viejo imperialismo, que llevaba consigo la amenaza de la fuerza armada, el nuevo tipo de dependencia económica y cultural de México con respecto a los Estados Unidos, es mucho más difícil de combatir por parte de los nacionalistas y los grupos de izquierda."

¿Cómo interpretar esta "ola de americanización", más aguda hoy que en las fechas en que se publicaron los escritos de Julio de la Fuente y de Oscar Lewis? ¿Qué sentido y qué importancia tiene para México? ¿Es un resultado ineludible de la industrialización, la urbanización, en una palabra, la modernización del país? ¿Obedece a una tendencia universal de cosmopolitismo? ¿O hay algo más que todo eso: una manifestación particular del imperialismo, un factor adicional de dependencia frente al exterior, en cuyo caso esos cambios culturales resultan un obstáculo al desarrollo independiente del país?

La influencia cultural norteamericana podría verse como un simple proceso de aculturación "al viejo estilo". Tenemos dos mil kilómetros de frontera con la gran potencia y somos sólo un país subdesarrollado ("en vías de desarrollo", según la terminología de moda). De acuerdo con el censo de 1960, vivían en los 31 municipios fronterizos con los Estados Unidos, cerca de un millón y medio de mexicanos, a los que hay que suponer en contacto muy frecuente con los vecinos de allende el Bravo. Recibimos cada año una cantidad mayor de turistas norteamericanos. Estamos muy adentro de la llamada área de influencia de los Estados Unidos (y pertenecemos, no hay que olvidarlo, al *Mundo Libre* que ellos encabezan y defienden). Ante esas razones ¿no cabe acaso interpretar el fenómeno como resultado de un proceso de aculturación en el cual, en última instancia, somos los realmente favorecidos por cuanto poseemos la cultura menos desarrollada, que por esa vía se enriquece?

El problema no puede abordarse de manera simplista. Es innegable que muchos cambios actuales que se engloban en la "ola de americanización", son el resultado inevitable del desarrollo del país y se darían más o menos de manera semejante aun cuando nuestro desarrollo no estuviese condicionado por el dominio imperialista. La industrialización y la urbanización son procesos que provocan cambios culturales en cualquier sociedad, porque son de tal naturaleza que implican una forma de vida genéricamente distinta de la que siguen sociedades no urbanizadas y no industrializadas.¹¹

También es innegable que México no es ni debe aspirar a ser una isla. El mundo contemporáneo se ha reducido: lo que sucede fuera de nuestras fronteras nos afecta y nos importa. El avance cada vez más acelerado de la ciencia y la tecnología ocurre fundamentalmente en los países desarrollados: pero los logros que se alcanzan no deben sernos ajenos, ni hay justificación alguna para que no procuremos usarlos en nuestro propio beneficio. En el arte y en el pensamiento tampoco puede haber barreras a la comunicación. No podemos permanecer al margen ni quedarnos rezagados. El que tengamos como vecino inmediato a un país que es no sólo una potencia de primer orden, sino también un crisol en el que se fraguan día tras día avances indiscutibles en muchos órdenes de la vida, no es un hecho del cual se pueda hacer abstracción: es una realidad muy concreta, que no podemos ni debemos ignorar. Que tal país influya en nuestra cultura nacional, es algo igualmente inevitable.

Lo que no es inevitable, a lo que podemos y debemos oponer-nos, es a un sector de cambios que no responden ni al desarrollo del país ni a la participación necesaria en lo mejor que ofrece el mundo contemporáneo. Ese sector lo forma la *penetración cultural imperialista* que se define como *toda actividad auspiciada o realizada, directa o indirectamente, por la metrópoli imperialista, que busque provocar cambios en la cultura nacional orientados a reforzar y/o a mantener el dominio económico y político que caracteriza al sistema imperialista.*

De lo anterior se concluye que los cambios producidos por la penetración cultural imperialista no difieren de los demás cambios que caen dentro del campo de la aculturación, en lo que respecta a la mecánica misma del cambio. Se distinguen, empero, de otras formas de aculturación: a) en que sólo ocurren cuando las sociedades involucradas en el proceso se hallan ligadas por los nexos que caracterizan la relación entre un país dependiente y su metrópoli imperialista;¹² b) en que son resultado directo de esa relación; c) en que son cambios unidireccionales: sólo se efectúan en la sociedad dependiente y no en la metrópoli imperialista.¹³ Sin embargo, la diferencia principal, la más importante, estriba en el efecto que producen estos cambios en la sociedad dependiente: reforzar su dependencia y debilitar la lucha por su liberación.

En la definición propuesta hay términos que conviene ampliar. Se afirma que la penetración cultural imperialista la realiza o la auspicia *directa o indirectamente* la metrópoli. La forma indirecta de llevar a cabo la penetración se refiere a los casos en que las actividades correspondientes las realiza algún sector de la sociedad dominada. Ese sector resulta ser casi siempre la burguesía pro-imperialista, o bien los grupos controlados por ella. En tales casos, las iniciativas del cambio se presentan como si fuesen resultado de necesidades internas del país; pero los nexos estructurales entre los grupos promotores y los intereses monopolistas de la metrópoli, definen claramente su verdadera naturaleza.

Cuando se afirma que las actividades de penetración cultural *buscan* provocar cambios *orientados* a mantener el dominio imperialista, se plantea el problema del carácter *intencional* de esas actividades. Desde muchos ángulos, el que la penetración imperialista en la cultura sea o no intencional, es un asunto secundario: importan los resultados, contrarios al interés de un desarrollo nacional autónomo.

Sin embargo, conviene destacar al respecto que en la penetra-

ción cultural hay cambios que obedecen a un plan bien definido, de naturaleza eminentemente política, en tanto que otros tienen una perspectiva más limitada porque responden a intereses parciales e inmediatos —aunque en última instancia ambos desempeñen el mismo papel y persigan idéntica finalidad. Son cambios inducidos, no espontáneos, lo que equivale a decir que son intencionales y persiguen un objetivo concreto.

Creo que para fines de exposición es posible distinguir varias formas de penetración cultural imperialista, pero sin olvidar que todas están íntimamente ligadas entre sí; es decir, que de hecho son sólo aspectos de un mismo fenómeno. Por ahora, y para finalizar esta sección, cabe establecer las categorías según el criterio de la *finalidad* que persigue la penetración cultural. Dos son las más importantes:

1) Los cambios en la producción y la demanda del mercado nacional que se promueven en función de los intereses de la metrópoli y no de las necesidades propias de un desarrollo nacional autónomo.

2) Los cambios que afectan a la ideología de la población (o de algunos sectores de la misma) con el fin de crear un ambiente favorable al mantenimiento y consolidación de la dependencia ante la metrópoli, en cualquiera de sus facetas.

Manifestaciones de la penetración cultural

La distorsión de la economía mexicana, el carácter complementario y subsidiario que tienen muchas de sus ramas por hallarse bajo el dominio imperialista, se manifiestan también en la necesidad de modificar los patrones de consumo a fin de ajustarlos a las conveniencias de las empresas monopolistas. Este aspecto, que es tal vez el resultado cultural más obvio de la dependencia, se maneja fundamentalmente por medio de la publicidad.

La publicidad comercial es uno de los fenómenos que demandan mayor estudio; tantas son sus facetas y sus implicaciones. En primer término, la presión que ejerce sobre el posible consumidor responde únicamente al interés mercantil de quien la paga. Los hábitos de consumo que introduce en el público son de hecho una violación a la libertad de elegir. Hace mucho tiempo, en efecto, que la publicidad de las grandes compañías ha dejado de ser un mero anuncio, para convertirse en un instrumento de manipulación de la conducta. Las técnicas de la publicidad recurren cada

vez más a disciplinas como la psicología, a fin de planear científicamente la manera de condicionar la respuesta del público apelando a sus motivaciones subconscientes.¹⁴ Nos vemos así compelidos a adquirir productos y usar servicios por el solo hecho de que la publicidad ha tocado resortes ocultos para nosotros mismos pero no para quienes diseñaron la campaña. Estamos siendo usados, pero la propia propaganda nos convence de que actuamos libremente. En un país pobre en el que la inmensa mayoría padece bajísimos niveles de vida, en un país de carencias elementales, la propaganda comercial impone pautas de consumo irracionales, obliga a comprar productos superfluos e inútiles, canaliza una parte del reducido presupuesto doméstico hacia gastos totalmente vanos, crea fechas simbólicas en las que se vuelve necesario comprar (algo, cualquier cosa) y todo eso sólo para incrementar el ritmo de ventas de empresas cuyas ganancias se fugan hacia el extranjero.

Convencer al público de que adopte justamente esa conducta irracional, cuesta. En 1965 se gastaron en México, en publicidad, 2,175 millones de pesos.¹⁵ Esa suma no se empleó en producir más, ni inmejor, ni a menor precio, sino en convencer a los mexicanos de que tal marca es mejor que tal otra, o de que este nuevo producto es totalmente imprescindible. Se empleó en crearnos el hábito de no pedir un refresco sino una "coca"; de no comprar pañuelos desechables, sino "kleenex".

La inversión en publicidad aumenta el costo del producto. La paga el consumidor. Pero también es un factor para obstaculizar el desarrollo de la producción nacional, para hacer más difícil y costosa la sustitución de importaciones, ya que las nuevas empresas deben entrar en la batalla publicitaria y enfrentarse en ese terreno a los recursos masivos de los grandes monopolios. Muchos productos nacionales salen al mercado con marcas en inglés, que de alguna manera recuerdan las marcas similares que ya reciben gran publicidad, con la esperanza de cobijarse a la sombra de algún nombre "conocido".

La publicidad misma está en gran parte controlada por intereses extranjeros. El Lic. José Luis Ceceña señala que nueve de las diez compañías más prominentes en ese campo son norteamericanas, y que de ellas, seis son filiales de grandes empresas publicitarias de los Estados Unidos.¹⁶ Los sistemas, las técnicas y las campañas mismas de publicidad son importados en muchos casos. Esto implica que las imágenes publicitarias y los valores supuestos que

se hallan tras ellas, ni siquiera han sido elaborados a partir de la realidad mexicana. Se da por hecho que son idénticos a los de la sociedad y cultura estadounidenses: a partir de esa tesis actúa la publicidad y contribuye así a reforzarla.

En la mayor parte de los casos, las campañas de publicidad pagadas por empresas de capital extranjero y realizadas por compañías también extranjeras, presentan el "modo de vida americano" como el ideal al que todos debemos aspirar. Si se observa detenidamente ese tipo de propaganda, puede apreciarse esa intención en una gama enorme de matices: desde los tipos físicos empleados y las situaciones en las que se les presenta, el ambiente, la indumentaria, la actividad, hasta los aspectos más sutiles, como lo que se debe desear, lo que se debe poseer y, por lógico contraste, la faz negativa: lo indeseable, lo sin valor, lo que se reprueba.

Debe reconocerse, por lo tanto, que la publicidad comercial trasciende sus límites aparentes, hasta confundirse con las actividades de penetración cultural que persiguen propósitos de innegable contenido ideológico. José Luis Ceceña, en *El capital monopolista y la economía de México*, señala: "...los grandes monopolios que aportan el dinero para la publicidad, están interesados *no solamente en una publicidad mercantil*, sino también en *influir en la opinión pública* en toda su amplitud, para robustecer la posición de capitalismo monopolista en la misma forma en que lo hacen en los Estados Unidos", y añade: "Actualmente se destina tanto dinero y esfuerzo a hacer resaltar la bondad de la Coca-Cola como refresco, o del Mejoral como 'quita-dolores', como a enaltecer el sistema de la *iniciativa privada* a la manera de los E.U.A. y a presentar como meta social el 'modo de vida norteamericano'" (*Op. cit.*, p. 177).

El capital monopolista tiene una manera de influir mucho más poderosa que se deriva de la propia publicidad comercial: el control que ejerce sobre los medios de difusión para las masas. La gran prensa, el radio y la televisión comerciales, dependen vitalmente de la venta de anuncios y quienes los pagan determinan en buena medida la línea política general de esos medios de comunicación. Y son precisamente los grandes consorcios dominados por el capital extranjero los que en mayor proporción sostienen esa publicidad.

Entramos aquí en otro aspecto de penetración cultural: aquel que pugna por modificar la ideología popular a fin de crear un ambiente favorable a la situación de dominio imperialista. Esque-

máticamente pueden distinguirse tres factores en él: 1) La exaltación del sistema capitalista de libre empresa, del "modo de vida americano" y de todos los valores concomitantes; 2) el ataque a las ideologías de orientación progresista y a los movimientos que buscan la liberación de los pueblos dominados, y 3) el impulso a todo tipo de ideas que, sin tener un contenido político claro y directo, contribuyen a la confusión ideológica y debilitan la conciencia nacional.

Además de la presión de los anunciantes sobre los grandes medios de difusión, conviene señalar que éstos, por su propio carácter de empresas mercantiles y privadas, quedan (con raras y casi siempre parciales excepciones) en manos de grupos proclives al imperialismo; es decir, en poder de una burguesía estrechamente ligada a sus intereses. En esas circunstancias no se requieren presiones extremas para orientar hacia un cierto "norte" la opinión ideológica que sustentan. Pero la confianza en tales aliados no es total, por lo que se busca la infiltración cada vez en mayor escala de medios de difusión que están directa y totalmente en manos del capital imperialista. Se incrementa, por ejemplo, la circulación de revistas norteamericanas traducidas en español y editadas en los Estados Unidos, que sostiene sin ambages la política de su país, a la vez que entran en desigual competencia económica con las publicaciones mexicanas, apoyándose en los enormes capitales que las respaldan. Muchos programas de televisión y aun de radio son producidos directamente en los Estados Unidos. En los cines del Distrito Federal se estrenan anualmente, en promedio, dos películas norteamericanas por cada cinta mexicana; y aquéllas se ofrecen en mejores condiciones porque su costo ya ha sido cubierto por las exhibiciones en los Estados Unidos.¹⁷

Y no se diga que toda esa actividad es realizada exclusivamente a título de iniciativa privada por los monopolios norteamericanos. El Departamento de Defensa del Gobierno de los Estados Unidos mantenía en el exterior una red de 205 emisoras de radio y 34 estaciones de televisión, en 1964. Esa dependencia gubernamental tenía entonces un presupuesto para "relaciones públicas" siete veces mayor que el correspondiente del Departamento de Estado.¹⁸ El Sr. Sylvester, secretario adjunto de defensa en 1962, declaró que su Departamento había tenido buen éxito "al fabricar" noticias sobre el asunto cubano y que continuaría esa política:

“Creo que es básico el derecho inherente al gobierno de mentir para salvarse”, agregó.¹⁹ Su afirmación no requiere comentario.

No es posible desligar la exaltación del “modo de vida americano”, de las siguientes palabras, emitidas por dos funcionarios del Departamento de Comercio de los Estados Unidos: “...cuando los concurrentes al cinematógrafo del exterior, ven las ropas usadas por nuestro pueblo, los artefactos eléctricos que ahorran trabajo, y que la dueña de casa utiliza en su hogar pulcramente amueblado, y los muebles cómodos y de elegante diseño (...) queda allanado el camino para los exportadores de los Estados Unidos”.²⁰ La estrecha liga entre los intereses políticos y comerciales se manifiesta aquí una vez más.

Otra forma muy importante de control sobre estos medios de difusión masiva la constituye el hecho de que la mayoría de las agencias de noticias son norteamericanas o se hallan directamente ligadas a sus intereses. La información alterada, sobre todo en cuanto a las imágenes políticas que proyecta. La mayor parte de los periódicos y de los noticieros que se transmiten por radio y televisión hacen uso exclusivamente de esas fuentes para toda información del exterior.

El control sobre las agencias de noticias es un poderoso instrumento propagandístico. Su mecanismo de acción es semejante al de la publicidad comercial: vivimos rodeados de titulares tendenciosos, de informaciones alteradas o francamente falsas, de caricaturas, fotografías y toda clase de estímulos visuales y audibles, que de manera evidente han sido puestos ante nosotros de acuerdo con un plan que responde a un interés político definido. Ese plan se realiza en varios niveles: en uno, la manipulación es burda, obvia: los resultados que se pretenden saltan a la vista. Pero en otros niveles las cosas no son tan claras. Edmundo Desnoes, por ejemplo, ha escrito un penetrante ensayo sobre la imagen fotográfica del subdesarrollo y encuentra que en la fotografía publicitaria y de modas, el Tercer Mundo aparece como un mundo exótico, al servicio del turista y del consumidor de países industriales. “Esta imagen del subdesarrollo, subraya Desnoes, no se limita sólo a los países occidentales. Nosotros mismos somos también a veces víctimas de la forma en que otros nos ven, y así perdemos con frecuencia nuestra perspectiva y nos falsificamos viviendo una mentira en lugar de comprender que se trata de una imagen proyectada.”²¹

He venido haciendo referencia a instrumentos de penetración

que, en lenguaje popular, "lo mismo sirven para un barrido que para un trapeado". Los medios de difusión masiva, controlados por los intereses imperialistas, son caminos por los cuales se puede transitar en sentidos muy diferentes: lo mismo contribuyen a crear la imagen ideal y positiva del "modo de vida norteamericano", que a justificar las guerras imperialistas, ocultar o denigrar toda posición opuesta y fabricar una imagen de nosotros mismos (y para nosotros mismos) que resulte en última instancia favorable a la situación de dependencia ante el imperialismo.

Para lograr la penetración cultural por conducto de los medios de comunicación para las masas se echa mano, valga recordarlo, de varios recursos: 1) la presión económica a través de la publicidad comercial 2) el apoyo más o menos condicional de la burguesía proimperialista que posee mucho de esos medios, 3) el control de las compañías de publicidad y de las agencias de información, 4) el estímulo económico a los periodistas, caricaturistas, locutores y otros trabajadores de los medios de difusión masivos, para que se plieguen sumisos a los lineamientos imperialistas, y 5) la introducción de medios de difusión propios, entre los que cabe distinguir aquellos que están en manos de la iniciativa privada norteamericana y los que maneja directamente el gobierno estadounidense.

Pero los canales de comunicación no son los únicos medios a que se recurre. No hace mucho ha salido a la luz pública la forma en que la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos busca infiltrarse en las organizaciones estudiantiles, no sólo en su país sino en todo el mundo a su alcance. Se pretende mediatizar la acción de uno de los sectores que está en condiciones de percibir mejor la realidad de su país: sus problemas y las causas de esos problemas, así como las vías de posible solución. Se busca desviar al movimiento estudiantil, escamotearle sus verdaderos objetivos de lucha, corromper a sus dirigentes y, en resumen, poner toda su fuerza al servicio de intereses que son exactamente los contrarios del interés nacional. Y no estoy "viendo moros con tranchete": han sido los propios estudiantes norteamericanos quienes públicamente han denunciado la acción de la ACI aduciendo pruebas tan contundentes que los oficiales y responsables de esa oficina de espionaje no han tenido otro remedio que aceptarlas. Recuérdese otro asunto que fue motivo de escándalo público: el Plan Camelot.

Debo ahora entrar en un terreno movedizo, de acciones mucho más sutiles. Hasta aquí las manifestaciones de la penetración

cultural que he mencionado deben haber resultado claras: sólo quienes tengan un interés preciso en la defensa del imperialismo pueden aparentar no percibirlos. El nexo entre esos cambios que se pretende introducir y la dependencia económica y política es un nexo directo, obvio. Pero vamos ahora hacia cambios que a primera vista no revelan esa conexión. Esa falta de evidencia inmediata sólo demuestra que la penetración en ciertos campos de la cultura nacional requiere que se empleen formas distintas y menos gruesas, pero el sentido de los cambios que se persiguen es el mismo, y su naturaleza en algunos casos puede ser aún más importante y peligrosa.

Veamos en primer término una serie de valores —todo un cuadro de referencias para la vida personal— que, si bien están ligados a la exaltación del “modo de vida americano”, se presentan también aislados, desligados de lo que sucede en los Estados Unidos, y encajados en cualesquiera otros contextos. Son valores a los que se pretende dar un carácter universal e indiscutible. Pueden apreciarse, explícitos o implícitos, en la conducta de los “personajes-modelo” de cine, radio, televisión y literatura de diversos tipos, así como en el trasfondo de la publicidad comercial y de la propaganda política; pueden detectarse en mucho de lo que a nombre de una “opinión pública” que es sólo una opinión de grupo, se premia y se aprueba; puede sentirse, también, en los postulados de muchos programas supuestamente orientados a resolver problemas y promover el desarrollo del país. Y se busca incorporarlos cada vez más al contenido de la educación, en todos sus niveles.

Este marco valorativo incluye, entre sus principales elementos, los siguientes:

La riqueza personal es la prueba única del éxito y éste es el fin supremo de la vida. La riqueza se alcanza en una lucha permanente contra los demás; el individualismo, por lo tanto, es la actitud adecuada para emprender el camino del éxito. La historia, en este encuadre, resulta una sucesión de actos individuales más o menos inconexos, y los problemas sociales pueden reducirse a la suma de problemas personales —solucionables, por lo tanto, a escala personal.

La responsabilidad del individuo es, en primer término, ante sí mismo y ante su familia inmediata. La solidaridad social es inútil y contraproducente. Cuando la lealtad a principios generales entra en conflicto con los intereses individuales, debe abandonarse aquélla.

Para triunfar hay que ser fuerte. La fuerza se demuestra por muchos caminos: desde el empleo de la astucia para vencer empleando cualquier recurso a quienes se oponen al éxito "mío", hasta el uso de la fuerza en sus formas más brutales. El vencedor, así en el cuadrilátero como en el campo de batalla, tiene la razón simplemente por haber vencido.

Un signo evidente de que se posee fuerza es la intrascendencia de las preocupaciones y ocupaciones; a la inversa, otras tareas son un síntoma de debilidad: unas (los trabajos productivos mal remunerados), porque revelan incapacidad personal para alcanzar el éxito, otras (ciertas tareas intelectuales), por inútiles y peligrosas, por "idealistas" en el sentido de que son ajenas a la realidad circundante y no pueden conducir al éxito.

El orden social resulta así un orden natural: hay una especie de selección espontánea de acuerdo con la cual los mejores quedan arriba y los incapaces abajo; y eso, por supuesto, sucede lo mismo entre los hombres que entre los países. Es insensato oponerse a este orden o tratar de modificarlo.

A todo esto lo acompaña un código moral rígido y mojigato que, incluye sólo aspectos parciales y limitados de la conducta personal, pero que sirve para justificar todo lo demás —que resulta así fundamentado en esa moral— y desvía la crítica hacia aspectos negativos menores, intrascendentes, o que en el fondo son o pueden ser positivos bajo ciertas circunstancias.

Creo innecesario hace resaltar todas las implicaciones políticas y sociológicas de semejante sistema de valores. Resulta obvio que no se compagina en ningún punto con la ideología ni con las condiciones subjetivas necesarias para un desarrollo nacional propio e independiente. Y resulta igualmente obvio que sirve, en cambio, al mantenimiento de una situación de dependencia frente al imperialismo.

En el terreno de la ciencia y la tecnología, lo primero que se destaca es el hecho de que la pobreza de su desarrollo obedece directamente a la situación imperialista. Calificada globalmente, es la nuestra una ciencia de importación; su crecimiento es limitado y un tanto anárquico, justamente porque se encuadra en una sociedad cuyo desarrollo no es autónomo. Los esfuerzos nacionales no han producido un cuerpo de investigación científica y de aplicación tecnológica capaz de enfrentarse a nuestros problemas; en ciertos casos, ni siquiera existe la intención de hacerlo, en tanto que en otros se pretende lograrlo sobre la base de importar

el "saber cómo", sin someter éste a una valoración crítica que señale hasta qué punto esa es la única o la mejor solución en nuestra circunstancia concreta.

Soy partidario de la libertad de investigación y considero estéril y sumamente peligroso todo intento de encajonar la actividad científica en marcos estrechos derivados de un demagógico pragmatismo inmediatista. No propongo coacción, sino libertad efectiva. En la situación actual muchos investigadores carecen de esa libertad, no porque se vean forzados contra su voluntad a laborar en tal o cual campo (lo que también llega a suceder), sino por el hecho mucho más profundo de que deben decidir entre un número de alternativas de las cuales quedan excluidas con frecuencia aquellas que contribuirían mejor al desarrollo nacional independiente, en tanto que se estimulan y valoran otras que en última instancia favorecen sólo el que se mantenga la dependencia.

Los capitales imperialistas han mostrado muy poco interés en estimular el desarrollo de la investigación científica y tecnológica en países como México. Las empresas extranjeras instaladas en nuestro territorio encuentran mucho más redituable el uso de sus propias patentes y de los sistemas de producción diseñados en sus plantas matrices, que la búsqueda de fórmulas y procedimientos acordes con las necesidades y recursos del país que explotan. Las empresas de capital nacional buscan un mínimo de inversión y no parecen hallar razón alguna para destinar parte de sus recursos al desarrollo de una tecnología propia, aun cuando la importación en esa rama les resulte, a la larga, más gravosa.

Las últimas etapas en la preparación de científicos de alto nivel se realizan en el extranjero, lo cual, dicho así, no revela ninguna situación anormal: hay científicos norteamericanos terminando su preparación especializada en Europa, y soviéticos que lo hacen en los Estados Unidos. Sólo que en México la estrechez e ineficacia del sistema educativo en sus niveles superiores hace que la casi totalidad de los científicos de alto nivel *deban* terminar sus estudios fuera del país, y que la poca cuantía de los centros de investigación y el atraso general de la ciencia, propicien que muchos de tales científicos no regresen a trabajar a su patria (este problema, el "bracerismo intelectual", no reviste en México el carácter alarmante que tiene ya en otros países dependientes; pero existe).

La libertad de investigación se mueve, así, entre dos condicionantes: la casi inexistencia de posibilidades de trabajo en proble-

mas directamente conectados con el desarrollo nacional y la orientación académica adquirida, junto con la preparación final, en el exterior. En tales circunstancias, sólo una sólida conciencia social derivada de un contacto real con los problemas del país pueden llevar al investigador científico a elegir tareas de efectivo interés nacional. Esa preocupación por los problemas del país está mediatizada por una educación clasista, que no puede servir de contrapeso a las influencias enajenantes del imperialismo.

La orientación concreta de la investigación científica, el qué hacer, se determina en muchos campos en función de las "modas" internacionales. Si bien la ciencia es universal, es también un producto social sujeto a las condiciones del medio en que se produce. De ahí que con frecuencia los científicos vean como el problema más importante a investigar, aquel que en los congresos y las revistas parece de más actualidad. Los países con alto desarrollo científico imponen una cierta tónica y una cierta dirección a la investigación que se realiza en países atrasados, en función de sus necesidades y de su propio adelanto. Se requiere un claro sentido crítico para determinar en qué medida esa "moda" corresponde a las circunstancias sociales y científicas del país y para evitar ir siempre a la zaga: cuántos de nuestros magros recursos se pierden en el empeño mal entendido de "estar al día", en lugar de orientarse imaginativamente hacia nuevos rumbos que ofrecerían seguramente la posibilidad de alcanzar logros originales. Todo esto no implica, entiéndase bien, la proposición de una ciencia aislada ni el rechazo a recibir y asimilar los avances de la ciencia universal; simplemente responde al deseo de que ese adelanto sea puesto de manera inteligente al servicio del desarrollo nacional autónomo y sea empleado para estimular la investigación original que demandan nuestras necesidades y permiten nuestros recursos humanos tanto como económicos. Se pide, en fin, una planeación científica de la actividad científica.

Algo más sobre el mismo tema. Una forma concreta de penetración cultural es la orientación "cientificista" en el trabajo científico. Hay dos facetas que conviene destacar en ella: La primera (hablo ahora de las ciencias sociales: ignoro si puede hacerse extensiva a otros campos) la da esa tendencia a prestar atención preferente o exclusiva a la técnica de investigación, perdiendo de vista el objetivo mismo del estudio. J. D. Bernal puso el dedo en la llaga: "La ciencia social necesita menos uso de técnicas elaboradas y un mayor valor para enfrentarse a los problemas centrales en

vez de esquivarlos. Pero exigir esto, es desconocer las razones sociales que han hecho de esta ciencia lo que es.”²² Esas razones se pueden condensar en una: en la sociedad burguesa las ciencias sociales son usadas para justificar la situación actual, no para comprenderla y transformarla. El énfasis en los problemas técnicos y metodológicos es un recurso más para desviar la atención que debería prestarse a los verdaderos problemas.

Intimamente ligada con lo anterior, está la segunda faceta del “cientificismo” que quiero destacar: la idea de que la investigación científica para ser objetiva, debe estar desligada por completo de toda posición política. Esto lleva a muchos estudiosos progresistas a lo que Gunder Frank llama la “esquizofrenia intelectual”: el resultado de mantener aparte las opiniones políticas y el trabajo profesional. Y también es en virtud de esa concepción pseudo-purista de la ciencia, que otros investigadores se niegan a ver los problemas reales del país; en consecuencia, no admiten la alternativa de ejercer su libertad de investigación eligiendo el campo en que mejores frutos podrían obtener.

Veamos ahora qué sucede con la creación artística. Una nueva generación de novelistas, pintores, cineastas y críticos, campea hoy por su propio derecho y exige nuevas formas de expresión. En el término de dos o tres lustros ha habido un cambio evidente en el sentido del arte que se produce en México. La pintura y la literatura ofrecen los ejemplos más claros: en la primera, hay una reacción contra la “escuela mexicana” y la pintura de hoy marcha en gran medida por los senderos de lo no-figurativo; en el cuento y la novela, se abandonan cada vez más los temas rurales y la llamada literatura comprometida, para abordar el mundo urbano y cosmopolita, y sumergirse en la temática de los conflictos interiores. La renovación por sí misma no es condenable. Cada generación tiene el derecho y la obligación de vivir y expresar con toda autenticidad su momento, de no sujetarse a normas y tendencias anteriores que resulten ya caducas. El problema, aquí, es el de saber en qué medida las nuevas corrientes son en verdad un paso adelante y responden con un sentido progresista a las nuevas condiciones.

Muchos entre los nuevos artistas se niegan expresamente a aceptar una raigambre nacional en su obra. El término “nacionalismo” es para ellos un estigma abominable. Dice Fernando Saimerrón: “De ninguna manera pensamos que el nacionalismo como programa constituya un factor importante en la creación cultu-

ral.”²³ Otros conciben el carácter nacional de la obra como un sello connatural; así, en el mismo número de la *Revista de la Universidad de México*, escribe José Emilio Pacheco: “...nuestros artistas saben que cuanto pinten, compongan, escriban... se hallará fatal, inexorablemente determinado por su condición de mexicanos”. La posición, en última instancia, es la misma: no tiene sentido la voluntad nacionalista en el arte (bien porque resulte estéril, bien porque sea innata). Como fundamento se alega la estrechez de los marcos del arte oficial, tal como existieron hace 30 años (“no hay más ruta que la nuestra”, insistía Siqueiros) y como todavía los conciben algunos grupos de artistas. Hoy se exige libertad absoluta, pero se ofrece sólo un compromiso personal, íntimo y recóndito. A este respecto la situación del artista es similar a la del investigador científico: su libertad para decidir está en muchos casos limitada por su estrechez de miras, su falta de oportunidades para conocer las posibles alternativas, o su extracción y conciencia de clase. Hay una gran confusión en torno al problema de la responsabilidad del intelectual y del artista. Hay manifestaciones inequívocas de una dependencia servil frente al exterior, que forma parte de ese síndrome del intelectual colonizado que tan brillantemente analizó Fanon: “En una primera fase, el intelectual colonizado prueba que ha asimilado la cultura del ocupante. Sus obras corresponden punto por punto a las de sus homólogos metropolitanos. La inspiración es europea [habla de África] y fácilmente pueden ligarse esas obras a una corriente bien definida de la literatura metropolitana. Es el período asimilacionista integral.”²⁴ Si bien no puede hablarse de que en México sea ésta la primera fase, es innegable que el fenómeno es idéntico. Baste recordar un solo ejemplo: tres conocidos escritores dedicaron sus más altos elogios a lo “camp”, que es aquello “tan malo que no sólo es risible sino gozable”.²⁵ Emplearon su tiempo, su agudeza y las páginas de un suplemento cultural, para convencer al lector de que las expresiones más burdas, conformistas e inhábiles del intento artístico tienen, por eso mismo, un gran valor. Es decir, que quienes deberían fungir como orientadores de una opinión pública responsable, optan por crear la confusión mediante fatuos arabescos intelectuales; adoptan y ensalzan sin el menor juicio crítico “el último grito” de la moda norteamericana y pretenden imponerlo, con una falta de originalidad que sólo descubre su inmaduro deseo de ser originales.

Sólo resta señalar que buena parte de los cambios recientes en

la orientación de las actividades artísticas obedece también a las fluctuaciones del mercado. Los mercaderes del arte imponen un criterio de acuerdo con sus intereses financieros y políticos. Hay estilos que caen de su gracia y tendencias que les incomodan, todo ello sin que para nada intervenga el criterio estético. Hay agencias interamericanas (controladas por los Estados Unidos, naturalmente) dedicadas a promover el arte, pero sólo cierto tipo de arte, nunca aquel que de manera directa exponga una protesta social. Y también en este punto deseo dejar clara mi posición: no admito que se pretenda valorar una obra de arte como tal en función de su contenido político aparente; esos juicios pueden ser válidos en el terreno político, pero no en el artístico, puesto que no se refieren a los valores estéticos. Hay pinturas revolucionarias pésimas y otras excelentes, así como hay obras maestras sin nexo alguno directo con las luchas sociales y otras que son meras "tomaduras de pelo". Por eso mismo, denuncié los intentos de fomentar ciertas tendencias artísticas sólo con el fin real de eliminar aquellas otras que de manera evidente contienen una protesta social.

Un último aspecto antes de dar por terminado este repaso de las manifestaciones de la penetración cultural, que en ningún momento ha pretendido ser completo. No puede abandonarse el tema sin dedicar algunas líneas a las influencias directas e indirectas que resultan del "auge" turístico de México.

Es de sobra sabido que a través de la llamada "industria sin chimeneas" se busca reducir el desequilibrio enorme de la balanza de pagos con los Estados Unidos. A nadie escapan los riesgos que se corren cuando un sector importante de la economía se hace descansar en los ingresos que provienen del turismo, sobre todo cuando el grueso de los visitantes proceden de un sólo país, y más aún si ese país es Estados Unidos y el que recibe el turismo es México. La simple posibilidad de que se pongan obstáculos a quienes desean venir a México es una amenaza latente que el gobierno norteamericano hace jugar con otras muchas en sus relaciones con éste su vecino del sur. Incremento del turismo estadounidense significa, hoy, mayor dependencia ante el imperialismo.

En algunos sectores de la población el turismo ha generado actitudes serviles en vez de una digna cortesía. El paso incesante de turistas va dejando su secuela de prostitución, alcoholismo y miseria interior. El folklore y el arte popular se adulteran allí donde

eran vivos, o se reviven falsamente para dar una nota "típica" donde era innecesaria. La cultura popular resiente cada día más las presiones de un turismo chabacano y superficial, sin que nada se haga por protegerla. Los cambios negativos provocados por esta manera de entender y manejar el turismo abarcan muchas esferas de la vida nacional. Se invierte en carreteras que corren paralelas a las antiguas, cuando faltan rutas de penetración a extensas y ricas regiones del país; hay dinero para reconstrucciones arqueológicas espectaculares, pero no lo hay para vigilar, preservar y estudiar la mayor parte de nuestro patrimonio histórico. Se construyen hoteles y prostíbulos en vez de fábricas. Una insensata distorsión de la realidad nacional, una enajenación creciente...

Uno de los aspectos más estables de la cultura, el lenguaje, sufre hoy en México los embates de la penetración imperialista. Los medios de difusión masiva y el turismo arremeten contra nuestra lengua nacional. Y aquí, también, la necesaria distinción entre la evolución inevitable del idioma, la incorporación de voces nuevas para nuevas realidades, y la substitución gratuita de palabras propias por términos ajenos que nada agregan y mucho hacen perder. Nadie puede oponerse a lo primero; todos debemos luchar contra lo último; va de por medio uno de nuestros más sólidos vínculos de identificación nacional. Nuestra voz propia, la que sirve para decir nuestra propia verdad.

Cultura nacional, imperialismo y educación

México posee una cultura nacional que se ha elaborado durante siglos y que comenzó a consolidarse a partir de la Independencia. No es una cultura homogénea, en tanto se da en una sociedad estratificada y con múltiples tradiciones culturales locales: cada mexicano participa de ella a través de la subcultura del grupo a que pertenece. Muchos de los rasgos que hoy se consideran característicos de las subculturas son el resultado de la estructura socio-económica del país y de la forma en que un grupo dado se liga con el resto de la sociedad.²⁶ En la medida en que esa estructura general se ha visto y se ve afectada y condicionada por la situación de dominio imperialista, las propias subculturas resultan modificadas por factores determinantes ajenos a ellas y al país.

La cultura nacional ha sido objeto de cambios que resultan de la penetración imperialista desde el momento mismo en que se esta-

blecieron las relaciones características de ese sistema de dominio. En las últimas décadas el proceso de penetración cultural ha adquirido proporciones cada vez mayores y se efectúa a un ritmo mucho más acelerado. Las manifestaciones imperialistas en la cultura nacional se pueden apreciar en prácticamente todos los campos de la misma; pero algunas son obvias en su intención y consecuencias, en tanto que otras son difíciles de percibir porque producen cambios que sólo de manera indirecta (pero igualmente efectiva) favorecen el robustecimiento de la dependencia ante el imperialismo. Los cambios que resultan de la penetración cultural afectan por varios caminos la autonomía del desarrollo nacional; distorsionan los patrones de consumo, modifican en muchas formas la ideología, imponen ciertos valores y denigran otros de acuerdo con el interés imperialista, y crean hábitos y actitudes que tienden a inmovilizar las luchas populares de reivindicación. La cultura modificada por la penetración imperialista deja de ser un sistema al servicio del desarrollo nacional, para convertirse paulatinamente en un factor que frena ese desarrollo y acrecienta la dependencia ante el exterior.

La estructura social del país y la presencia de subculturas impiden que la penetración imperialista alcance resultados parejos en todos los grupos que forman la sociedad mexicana. Hay sectores potencialmente más permeables: los que se hallan estrechamente ligados a los intereses de los grandes monopolios y todos los que en alguna forma resultan o aspiran a resultar beneficiados por la situación imperialista. Al margen de esa coincidencia de intereses, hay grupos más expuestos que otros a la influencia de la penetración cultural; así, los habitantes de las grandes urbes (que forman una proporción creciente) reciben con mayor intensidad que la población rural el impacto de los medios de difusión para las masas. El nivel económico afecta también el grado en que un grupo queda expuesto a tales influencias: condiciona la posibilidad de acudir a ciertos espectáculos, de viajar, de asistir a escuelas particulares de enseñanza extranjerizante, etc. Por otra parte, existen formas de penetración que van dirigidas sólo a un determinado sector de la sociedad; pero aun en ese caso los resultados se reflejan en el conjunto de la situación nacional.

La penetración cultural imperialista no puede entenderse como un simple proceso de imitación. No es la aculturación que sucede entre pueblos que mantienen sólo nexos de vecindad. Se comprende y se explica únicamente dentro del contexto de la relación

entre metrópoli y nación dependiente. De ese contexto se deriva, y esa relación busca consolidar. Por eso los cambios que produce la penetración imperialista pueden distinguirse de los que resultan de la modernización y el avance del país.

En toda sociedad la educación desempeña un doble papel. Por una parte, mantiene la continuidad cultural: pasa a las nuevas generaciones el acervo de conocimientos, valores, normas, habilidades y prácticas de las generaciones precedentes. Por otra parte, capacita y estimula a los nuevos miembros de la sociedad para que desarrollen y enriquezcan esa misma cultura, es decir, para que la transformen.

Los cambios que resultan de la penetración cultural arraigan, dejan de ser pasajeros, cuando llegan a formar parte del contenido de la educación. De ahí que el acoso imperialista a las instituciones educativas sea particularmente intenso y que se ponga especial empeño en controlar el mayor número de canales de educación informal. Así, en el campo educativo la penetración cultural no sólo se manifiesta en el intento de amoldar el sistema escolar según los intereses del imperialismo (modificar su organización, introducir maneras diferentes de concebir los problemas educativos y las soluciones a los mismos, etc.), sino en la presión para que se incluyan todos los valores, ideas, hábitos y prácticas que forman el cuerpo de la penetración imperialista, dentro del contenido de la educación, para afianzar así su incorporación definitiva a la cultura nacional. La función de mantener la continuidad cultural, propia de la educación quedaría entonces reducida a mantener la continuidad de la penetración imperialista.

Al pasar revista al estado que guarda la educación en México se percibe fácilmente que ya ha sido permeada por la penetración imperialista en diversos grados y formas. El carácter clasista de la educación favorece que así sea. En el aspecto formal, pedagógico, hay una tendencia a adoptar modelos extraños sin someterlos previamente a una crítica severa para determinar hasta qué punto se adaptan a las necesidades reales del país,²⁷ en tanto se abandonan paulatinamente modalidades (como la "misión cultural") que ofrecieron perspectivas alentadoras. Pero donde más se resiente el cambio es en la orientación y el contenido de la educación. Al desaparecer el impulso nacionalista y revolucionario que alcanzó hacia la década de 1930-1940, la educación dejó de contribuir en gran medida al desarrollo de la única fuerza capaz de enfrentarse

con éxito a la penetración imperialista: la conciencia nacional progresista.

El fortalecimiento de esa conciencia nacional (como el de una cultura nacional auténtica) sólo se logrará en la medida en que vaya ligado, causa y efecto a la vez, a la lucha popular organizada en favor de la liberación nacional definitiva. Esto es válido para todo país dependiente y subdesarrollado. Frantz Fanon lo expresó con toda claridad en *Los condenados de la tierra*:

“La cultura nacional es el conjunto de los esfuerzos hechos por un pueblo en el plano del pensamiento para describir, justificar y cantar la acción a través de la cual el pueblo se ha constituido y mantenido. La cultura nacional, en los países subdesarrollados, debe situarse, pues, en el centro mismo de la lucha de liberación que realizan esos países”.

“No hay que contentarse con rastrear en el pasado del pueblo para encontrar allí elementos de coherencia que enfrentar a las empresas falsificadoras y peyorativas del colonialismo. Hay que trabajar, luchar con el mismo ritmo que el pueblo para precisar el futuro, preparar el terreno donde ya crecen retoños vigorosos”.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

¹ Steward, Julian H. *Theory of Cultura Change*. University of Illinois Press, Urbana. 1955.

² Entre los principales estudios al respecto, pueden consultarse: González Casanova, Pablo: “Sociedad Plural. Colonialismo Interno y Desarrollo”. *América Latina*, año 6, No. 3. Río de Janeiro 1963; Stavenhagen, Rodolfo: “Clases, Colonialismo y Aculturación”, *América Latina*, año 6, No. 4. Río de Janeiro, 1963; Aguirre Beltrán, Gonzalo: *Regiones de Refugio. El Desarrollo de la Comunidad y el Proceso Dominical en Mestizo América* III México, 1967; Marroquín, Alejandro D.: “Consideraciones sobre el problema económico de la región Tzeltal-Tzotzil” *América Indígena*, XVI: 3, México, 1956.

³ Othón de Mendizábal, Miguel: “Evolución del Noroeste de México”, *Obras completas*, t. III, México, 1946.

⁴ Foster, George M.: *Cultura y conquista*. Universidad Veracruzana. Xalapa, México, 1962.

⁵ Balandier, Georges: *Sociología actuelle de l'Afrique noire*. P.U.F., París, 1963 (2a. Ed.).

⁶ El lector interesado encontrará ampliamente tratado ese tema en: Aguirre Beltrán, Gonzalo: *El proceso de aculturación*. UNAM, México, 1957.

⁷ Malinowski, Bronislaw, *The Dynamics of Culture Change*. Yale University Press, 1945.

⁸ Gluckman, Max. "Malinowski's 'Functional' Analysis of Social Change" en: *Order and Rebellion in Tribal Africa*, Londres, 1963; y Balandier, Georges, *op. cit.*

⁹ De la Fuente, Julio, "La civilización pocha de México", *Acta Antropológica*, III: 4, México, 1948.

¹⁰ Lewis, Oscar. "México desde 1940", *Investigación Económica*, XVIII, No. 70, México, 1958.

¹¹ Un excelente estudio del significado cultural de la urbanización, así como de las distinciones entre las ciudades preindustriales y las industriales, se encuentra en: Sjoberg, Gideon, *The Preindustrial City*, The Free Press, Illinois, 1960.

¹² El surgimiento, las características y el significado del imperialismo fueron planteados por V. Lenin, ampliamente, en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

¹³ Es claro que también en la metrópoli imperialista se busca provocar cambios que creen un ambiente interno favorable a los intereses monopolistas; pero en ese caso, más que hablar de una penetración cultural, debe hablarse de la cultura imperialista (tema que, por cierto, merece mucha mayor atención de la que se le ha prestado hasta ahora).

¹⁴ Véase al respecto el excelente estudio de Vance Packard: *The Hidden Persuaders*, Penguin Books, Londres, 1960.

¹⁵ Datos de la Asociación Internacional de Publicidad, citados por J.L. Ceceña en *Siempre*, No. 674. 25 de mayo de 1966.

¹⁶ Ceceña, José Luis: *El capital monopolista y la economía de México*. Ed. Cuadernos Americanos, México, 1963, pág. 170.

¹⁷ Amado, Francisco y Alicia Echeverría, *El cine en México, estudio sociológico*. Tesis profesional, ENCPS, UNAM, México, 1960. Los datos son para el período de 1950 a 1958.

¹⁸ Publicado por la columna "Comentario Internacional", *El Día*, 17 de agosto de 1964.

¹⁹ *El Día*, 7 de diciembre de 1962.

²⁰ N. D. Golden y E. H. Young, citado por Víctor Perlo, *Imperialismo Norteamericano*, Buenos Aires, 1961.

²¹ Desmoe, Edmundo. "La imagen fotográfica del subdesarrollo", *Casa de las Américas*, No. 34. La Habana, 1966.

²² Bernal, John D: *Las ciencias en nuestro tiempo*. UNAM. México, 1963.

²³ En *Revista de la Universidad de México*. XXI: 7, marzo de 1967.

²⁴ Fanon, Frantz, "Sobre la cultura nacional", en *Los condenados de la tierra*, FCE, México, 1963.

²⁵ Luis Guillermo Piazza, Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis, en *Siempre!*, 30 de marzo de 1966.

²⁶ Un ejemplo claro es el alcoholismo entre los indígenas de los Altos de Chiapas: esa pauta cultural es resultado de la explotación a que están sometidos por los mestizos y de la imposición de un monopolio alcoholero local.

²⁷ Cf. el artículo de B. Girod de L'Ain, "L'école dans le 'Tiers Monde'", en varios números de *Le Monde*, París, diciembre de 1966.